

La Vaciada

Caminos cruzados entre el desencuentro y el abandono

Beatriz P. Mata

La Vaciada

Camino cruzados entre el desencuentro y el abandono

Beatriz P. Mata

© Editorial Popular, S.A., Madrid, 2024
C/ Leo, 7- local 2. Madrid 28007
Tel.: 91 409 35 73
E-mail: popular@editorialpopular.com
<http://www.editorialpopular.com>

Diseño de colección: Francisco Pino
Diseño de Portada: Marcelo Spotti

I.S.B.N.: 978-84-7884-971-0
D. L.: M-13920-2024

Imprime: Cooperación Editorial, S.L.

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo por la excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org),
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mi amiga Ana Lobato Yanes.
Magnífica lectora y mejor amiga.

Y para mis amigas Eva Palazón Blasco
y Nuria Casani Gozalvo,
mi agradecimiento por su ayuda.

[...] a nuestros padres [...] merece la pena conocerlos [...].

Y cuanto más se acerque nuestra visión de ellos a la que tiene el resto del mundo, más posibilidades tenemos de conocerlos.

Richard Ford, *Mi madre*

Cuanto más veamos a nuestros padres enteramente,
cuanto más los veamos como el mundo los ve,
más posibilidades tendremos de ver el mundo tal cual es.

Richard Ford, *Entre ellos*

[Y quien dice padres, dice familia, aldea,
pueblo, ciudad...]

PRIMERA PARTE

El vaciamiento.....	7
FIGURACIONES DE CAMINANTE.....	7
EL PUEBLO QUE TE ACOGE.....	27
EL PUEBLO HABITADO.....	35
EL PUEBLO QUE SUJETA.....	55
NECESARIAMENTE FEMINISTA.....	69
EL PUEBLO VACIADO	89
ARQUITECTURA EN RUINAS	107
EL TREN DE LOS SUEÑOS	129
EL CONTRAPUNTO: LA CIUDAD	135
LA SOLEDAD ÚTIL	141
IDENTIDAD Y CAMBIO	153

SEGUNDA PARTE

Los fantasmas del pasado remoto: los primeros cruzados	155
EL CABALLERO DE SAN JUAN DE JERUSALÉN	155
EL CABALLERO DE MONTE GAUDIO	159
LA CONDESA Y LA LEYENDA ABOMINABLE	165
UN RESPIRO: EL FANTASMA DE LA CONDESA SE PASEA LIBREMENTE	189

TERCERA PARTE

Los fantasmas del pasado reciente: los nuevos cruzados	209
LOS CRUZADOS DEL SIGLO XX: LA IGLESIA Y LOS FRANQUISTAS.....	209
EL PUEBLO AL AMPARO DE LOS ÚLTIMOS CRUZADOS.....	217
LAS MIRADAS DEL DESENCUENTRO: RURALES/URBANITAS	225
LOS POLÍTICOS REPARAN EN LA ESPAÑA VACIADA.....	243
EL DECORADO	257

CUARTA PARTE

Los fantasmas del futuro: el mañana que se adivina	275
TURISMO INSOSTENIBLE	275
¿MECANIZACIÓN INTELIGENTE?	281
GEOMETRÍA PLANA DE LOS CAMINOS CRUZADOS	293
URBANITA Y COSTERO	299
LAS ALTERNATIVAS QUEMADAS: LAS HOGUERAS	303
¿DE QUÉ SE LLENARÁ LA VACIADA?.....	309
Bibliografía.....	311
Ilustraciones.....	315

Primera Parte

El vaciamiento

Figuraciones de caminante

Salgo a caminar.

Es invierno y un aire tieso me saluda con un guantazo. Siento las bofetadas del viento helado en la sección de la mejilla que no llevo cubierta por esa especie de gorro ruso que me he agenciado. Por lo demás, en el resto del cuerpo no siento el frío y disfruto el paseo.

Me pierdo por la vega.

Ni el crujido de las hojas secas al pisarlas ni el gorjeo de los pájaros, si excluyo los graznidos de los cuervos, acompaña.

En el mes de febrero de los inviernos cálidos, antes incluso de despuntar los cogollos de las primeras hojas primaverales, los pájaros comienzan a alborozar el amanecer con sus trinos, como muestra de la renovada alegría de vivir. Los naturalistas interpretan que despliegan sus voces para exhibirse ante sus compañeros, resultar atractivos y encontrar pareja. Quién sabe si estamos hablando de lo mismo de manera diferente; ellos son muy dados a explicar la conducta de nuestros parientes en términos de apareamiento y reproducción. Pero es pronto, el invierno acaba de amortajar los campos con su ceniciento manto petrificador.

Los bancales, desde que las acequias se hormigonaron, ya no se respuntean con frutales –manzanos, perales, nogueras, azarollos–, que aseguraban el respeto de las lindes y regalaban sombrajos para el estío, además de proveer de fruta para el otoño-invierno. El paisaje ajado, monocorde, distrae menos y permite prestar atención a cualquier alteración medioambiental por nimia que sea. Así que atrapo el despuntar de cada milímetro del crecimiento de los cereales de los nuevos cultivos, cada matiz de los colores ocre de la estación apagada y cómo brotan entre el rojizo sucio de la tierra arcillosa los hilillos de los trigos de la próxima cosecha pugnando por arraigar, peleando con el frío que rompe, desgarrar y quema, durante las noches heladas. Y digo trigo como podría decir cebada, centeno, avena, cebollas, espinacas, ajos, césped, maíz, incluso trébol, porque me ocurre con todos ellos lo mismo que a los veterinarios con los fetos de determinadas especies de mamíferos, incluidos los humanos, que no los distingo entre sí gran cosa hasta que han transcurrido unas cuantas semanas y en esa medida me parecen todos ellos hijuelos de una misma familia. Desde hace años la diversidad de cultivos que se repartían el regadío de Alfambra¹ ha desaparecido. Ya no se siembra remolacha azucarera ni patatas, es muy raro ver prados de alfalfa, y un maizal todavía es más anecdótico; en la actualidad la vega se la sortean los sembrados de cereal intercalados entre choperas de plantel. Así que siempre que tropiezas con una pradera respunteada de césped durante el mes de febrero sobra preguntarte si son espinacas o cebollas tempranas, porque todos los mantos verdes son trigales o cebadas despuntando.

Con la mirada errática del caminar atisbo por entre las choperas sin hojas, peladas, de plateados torsos en rigurosa formación militar, dolorosamente erguidas o torneadas, saludables o ulceradas, heridas de enfermedad, o truncadas por la sierra desdentada del rayo, un horizonte de cielo azul limpio a menudo atravesado por manchones de plomizo algodón.

Las ramas de los árboles de aquí al verano desplegarán desde un

1 Municipio de la provincia de Teruel que pertenece a la comarca Comunidad de Teruel. Está localizado en un amplio valle formado por la llanura aluvial del río Alfambra, limita al norte con Las Parameras de los Llanos del Campo de Visiedo –Zona de Especial Protección para las Aves (ZEPA)–, al sur con la depresión de Teruel, al este con la Sierra de Escorihuela y al oeste con la Sierra Palomera.

gris ceniza a un verde exultante pasando por toda la escala de los verdes; con la llegada del próximo otoño se invertirá la mudanza y desprendidos de todo lo ya superfluo, semillas y hojas, transitarán del verde a la nada pasando, ahora sí, por todas las gamas cromáticas imaginables: todos los tipos de ocres, rojos, anaranjados, amarillos, marrones pálidos.



1 CAMINANTE

Los días del otoño acabado en los que azotaba el viento huracanado del cierzo, las ramas de los chopos bramaban acompasadas a los vaivenes del mismo, apuntando en las ondas sonoras las notas

de unos acordes que resonaban como el bronco rugido del oleaje del mar sacudido por las mareas vivas. Las hojas ajadas tintineaban en sus colgajos desgranando sus lamentos, se desprendían e iniciaban el movimiento de los graves o planeaban como láminas livianas, erráticas barcas a la deriva, antes de lamer el suelo al aterrizar. Una lluvia otoñal de danzantes hojas coloreadas armaba la coreografía aérea. Las copas de los árboles se cimbreaban como escobones de esparto al bambar al ritmo de las ráfagas airadas. La coordinación de los diferentes movimientos y sus correspondientes bufidos componían una cacofonía inquietante, imprevisible. Apenas transcurridos unos días, desnudas las ramas, un tapiz tostado-ocre-amarillo-rojo desleído pavimentaba los caminos, los regueros, las praderas de las choperas y amortiguaba los pasos; alfombra que adoptaba sucesivas figuras distintas al alternar los colores de las casillas al compás de los antojos del viento. Creías caminar acompañada y te girabas precavida al oír los chasquidos de las hojas desprendidas al posarse; murmullo de crujidos que confundías con los pasos de algún merodeador de caminos que saltando por entre los chopos te pisaba los talones y caminabas escoltada sin saberlo ni quererlo.



Cuando la mirada tropieza con un bancal embarrado, por haberse desbordado el río después de algún temporal o estar recién regado, estragado, salpicado de pozas aguachinadas escarbadas en la arcilla fangosa, con la hierba y los matojos espachurrados y encenagados, sabes que una expedición de jabalíes han bajado del monte, por los mismos o parecidos parajes que recorren los corzos en sus desplazamientos, para explayarse durante su incursión nocturna y hozar y revolcarse en el lodo. Son animales de la noche y nunca te tropiezas con ellos. Sus andanzas son reconocibles por lo cochinos que son, sin amortiguar su marranería el que sus destrozos obedezcan a razones sanitarias o de bienestar.

No me puedo perder ni accidentar porque las orillas de las acequias, las veredas, los escasos humedales que restan de cuando algunas parcelas de la vega eran ciénagas insalubres, los tramos frescos de los caminos, los linderos de algunos bancales, la ribera del río, que antes estaban acotados por matas de hierbabuena asilvestrada –planta borde aromática que bajábamos a recoger con la fresca de la mañana para barrer las casas y retirar los desperdicios de los pisos de tierra, cemento pulido, losas, baldosas de barro cocido o hidráulicas, con las que además de barrer quitábamos el polvo y ahuyentábamos los malos olores de las viviendas–, ahora han sido tomados y cercados por carrizales que se multiplican e invaden cualquier pedazo de tierra que guarde la más pequeña muestra de humedad usurpable, compitiendo con los humanos en su afán colonizador. Carrizales que le prestan a los terrenos en los que se asientan un aspecto de sucia dejadez, de crecimiento descontrolado de la maleza, al que sólo los que tratan de ponerle puertas al campo pueden encontrarle alguna utilidad: ya no se precisan alambradas para enmarcar las propiedades y obstaculizar el libre tránsito, porque los contornos de las piezas están bloqueados por cañaverales.

Cuando la mirada se me enreda por los amazotados márgenes de los caminos, por los ribazos, las lindes del río, cuencas de barrancos, bordes de acequias, zanjas de achique, estrellándose en carrizales que se reproducen sin control de la natalidad, hasta engullirse el espacio de cualquier otro resto de vegetación autóctona que allí reside, o resbala de un objeto extraviado o abandonado a otro de los

que cuelgan roscados de las ramificaciones de matojos arbustivos, fijados en un color gris ceniza sucio, o se me estampa en el esqueleto momificado de algún frutal abandonado a su suerte, me gustaría ver menos o no mirar necesariamente siempre. Pero cuando piso sin intención algo inconveniente abandonado en los límites del camino, o no sorteo a tiempo las derramas que diseminadas a lo largo del trazado salpican el terreno forzando el caminar a un bailoteo titubeante, sin gustarme lo que veo prefiero que no me pase inadvertido.

La mirada arañada por los escasos restos maltrechos de zarzales rastreros de moras del último verano antes tan abundantes en las paredes de los zaicachos, a la sombra de las choperas y en cualquier lugar donde la humedad reinase, señala otra mudanza para anotar en la libreta de la memoria. Bañadas en vino tinto de garnacha de las bodegas, atemperado con cucharadas caramulladas de azúcar, se consumían como postre; eran la fruta del estío.

Pero tratar de sondear a través del agua del río² el lecho del mismo, disipar los efectos engañosos que las ondas y las turbulencias del agua producen, esquivar la maleza, las hojas muertas, las ramas, el lodo, los sedimentos, que al tropezar con algún obstáculo se arremolinan, enmarañan y acaban por consolidarse formando masas compactas, fronteras, diques accidentales, pequeños islotes varados azotados por el torrente de los que emerge la corriente reverberando, salpicada de burbujas de espuma como pompas de jabón desinfladas a la deriva, es algo que no rehúyo. Aguas turbias que en su deriva se confunden y ofuscan la claridad con la que en rara ocasión transparentan y permiten ver lo accidentado de la cama por la que discurre el cauce, con sus pozas lodosas, sus playas, sus tramos pedregosos, sus laderas hilvanadas por hierbajos, sus meandros y pequeñas gargantas, sus accidentes o amasijos de raíces expuestas, desnudas, de chopos cabeceros –chopos negros trasnochados, esculpidos, verrugosos escobones volteados abriéndose al cielo– y sauces de los arroyos, árboles de ribera, cuyas raíces por tramos parecen encofrar el cauce. Aguas turbias ahora que ya nada tienen que ocultar, aguas en

2 Se trata del río Alfambra, que nace en la Sierra de Gudar y se estrella en la vega de Tuel con el Guadalaviar, que nace en la Sierra de Albarracín; ambas sierras pertenecen a la Cordillera Ibérica.

las que ninguna trucha chapotea ni detectas al cangrejo de río autóctono en el preciso momento en el que inicia la escaramuza veloz con la que se camufla envuelto en el lodo.



3 LOCALIZACIÓN DEL RÍO ALFAMBRA³

Es invierno y el río transporta más caudal que durante el verano. Durante el estío puede llegar a secarse y en ese anticipo de la muerte dejar sólo un rastro de pozas aisladas, playas de fango, mesetas empedradas de cantos rodados y utensilios de plástico anclados en el limo. El río, ese garabato torcido, esa metáfora de la vida, que se va y se consume en el acto de vivirla. Mirarlo, ese querer atrapar lo inatrapable, es hipnotizador; qué si no explica que todos los puentes sobre los ríos se conviertan, sin haber sido diseñados para ello, en miradores improvisados de los mismos y espejos malogrados, en los que nos plantamos con las cabezas inclinadas sobre los cauces y las manos amarradas a las barandillas protectoras, para observar cómo los bucles de las aguas revueltas, burbujeantes, se llevan a la par que el líquido elemento nuestros efímeros reflejos descompuestos y vueltos a armar fragmentadamente en la reflectante lámina acuosa.

El río, imagen de nuestra temporalidad e inconsistencia, que nos pintarraja con un poso de melancólica inquietud. A menudo me paro al atravesarlo para contemplarlo y aventuro «Ha debido de llover en la sierra», «No hace mucho que ha debido de llover en la sierra, el agua tiene un aspecto chocolate desleído» o «Ya no ha vuelto

³ Gráfico de las cuencas de los ríos Alfambra y Guadalaviar que al confluir en Teruel dan lugar al río Turia. Imagen tomada de Google Earth.

a llover en la sierra porque el agua no destila restos de chocolate disuelto y recobra su natural color sucio repelente –propio de los tiempos en los que los sumideros los convertimos en ramales de los ríos y estos en cloacas abiertas—, tópicos, frases hechas, para entretenernos, ofuscarnos y mirar sin ver cómo la vida se quema al pasar.



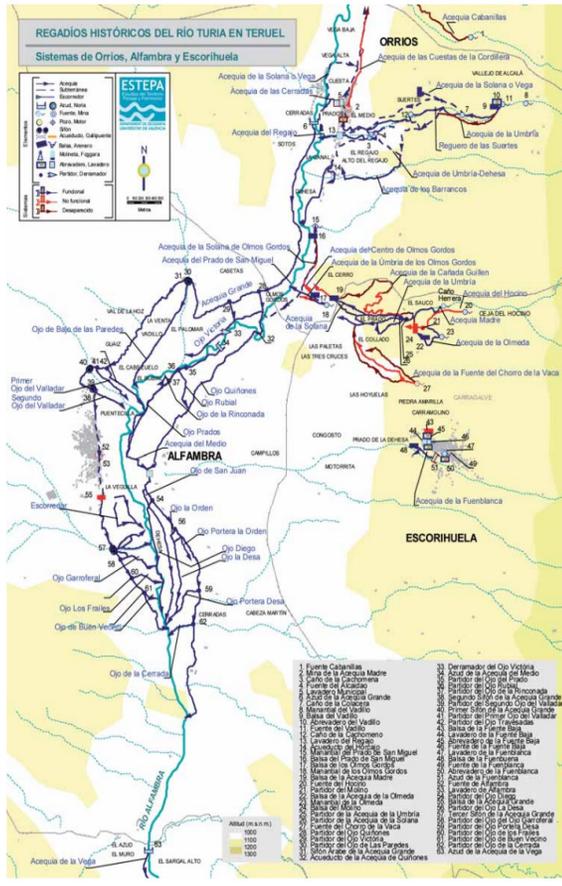
4 EL RÍO

Me pierdo por los caminos de la vega horadada por ese río por tramos hilillo agónico, escurridizo y murmurador que de pronto emerge de nuevo, resistiéndose a la ruina, al recoger los sobrantes de algún ramal de acequia que revierten en el lecho los restos de sus derramas. Río que volverá a agonizar a las puertas del próximo azud que a duras penas le sustraerá el agua cada vez más mermada. En este aflorar y esconderse de las aguas menguantes, quebradas por vados que permiten franquear el río escuálido, arrullan los pasos los acordes de la ribera: el estrépito del agua al despeñarse a borbotones a la cama estresada y seca cuando las acequias desaguan los excedentes, o los requiebros del agua mansa que encajonada en los gamellones⁴ atraviesa el río para acceder a las rinconadas. Cuando el camino corre en compañía de alguna de las acequias principales, la Grande o la de en Medio –en paralelo al curso de las aguas, la una circula por la vertiente derecha del río, la otra baña la vertiente izquierda– o de alguno de los ojos⁵, el fragor del agua al lamer las

4 Pasarelas o pequeños acueductos de metal para salvar el curso del río y acceder a otras partidas o rinconadas.

5 Ramales secundarios que no toman directamente el agua del río; son bifurcaciones

paredes del recinto opresor –en tiempos de fango y broza, hoy de hormigón roído– acompasa, seda, tu caminar.



5 EL REGADÍO⁶

Caminar que te llevará por La Puentequilla, El Cabezuelo, Bajo las Paredes, dirección La Venta hasta que te detiene y recoge la inquietante quietud del rincón de El Palomar; o, en caso de no desviarte

que mediante partidores se alimentan de las acequias de primer nivel, para regar las diferentes partidas de la vega. Las partidas de la vega comparten el nombre con alguno de los ojos que las abastecen.

6 Imagen tomada de Hermosilla Pla, J. & Peña Ontiz, M. editores, (2008).

y seguir el curso de la ribera, te conducirá por el curvilíneo camino que conduce a Orrios hasta estamparte con el vado del río a las puertas de la población y dejar a la izquierda el molino de la Máquina. O, si eliges salir de la población por la cuesta de los Molineros, después de girar a la izquierda y dejar atrás la abrumadora exuberancia de El Prado y La Rinconada te estrellarás con El Rubial y el fin del mundo; o del que al perder de vista la Ermita de San Juan se desdobra en la sucursal paralela de Las Largas para a continuación descolgarse primero La Dehesa y más adelante Las Cerradas; o el árido que conduce a Los Quiñones hasta precipitarse en los sombríos meandros del río; o el más retirado y disimulado de La Veguilla hasta dejar, al otro lado del estorbo del barranco del Tolmo, La Vega de los Frailes y El Buen Vecino.

En la misma onda nudista de los ríos, la inmundicia de tierra adentro tampoco se esconde. Arrugados y comprimidos se tiran los envoltorios de los bocadillos del almuerzo o de las meriendas, las servilletas de papel, los pañuelos usados, las toallitas de diferentes usos, las latas de cerveza, los botellines de agua, en los ribazos, en los juncos envarados de los bordes de los barrancos y en la maleza enmarañada de las cunetas confiando en que empotrados entre la espesura y los hierbajos arbustivos permanezcan enmascarados u ocultos. Despreocupados de la condición de la materia escupida, de si es biodegradable o no, encomendamos su suerte a su incorporación y asimilación por el sustrato; pero la desnudez del invierno aflorará los restos del decorado y como flores marchitas, pendiendo a duras penas suspendidas de matorrales y zarzales bailotearán desvergonzadas, durante las próximas estaciones, contando a todo aquel que quiera saber qué pasó o pudo pasar por allí tiempo atrás. Los envases de plástico de aceite de hidráulicos y motores agrícolas vagabundean por las laderas. Los sacos vacíos de abonos, nitratos, las garrafas de plástico de fumigantes se diseminan desperdigados por los límites de los bancales como esculturas impúdicas. Las fundas protectoras de los plántales de carrascas, que las protegieron durante su vida embrionaria, duermen el sueño eterno de las plántales arrojadas en las papeleras de los badenes. Los vasos y las botellas de pet circulan libremente durante meses por las pistas que, desde la plaza de toros o los locales de asueto festivo, se desparra- man cerro abajo hasta desbarrancar, barridos por las torrenteras de

las tormentas, en el río, a menudo vestido de un crema espumoso y turbio. Que no escaseen los microplásticos en lo que nos comeremos mañana.

En el Ayuntamiento o la Casa de Cultura, promovidas por la Diputación Provincial o algún Departamento del Gobierno Autónomo, se imparten regularmente conferencias seriadas, rodantes, algunas de ellas relacionadas con cuestiones medioambientales de cuño ecologista. Los contenedores dispersados por las calles del pueblo exhiben imágenes descriptivas acerca de la correcta asignación de los residuos. Pero en ocasiones ni los vecinos ni los servicios públicos del municipio los utilizamos o lo hacemos adecuadamente. Hace meses que el Ayuntamiento no saca a pasear la máquina barrendera, el juguete con el que trotaba a su antojo el aguacil, previa selección de calles y aceras sin motivo aparente conocido, a toda pastilla, regurgitando sobre el pavimento la mitad de lo aspirado en el tramo anterior, de manera que más que como máquina barrendera se comportaba como juguete rodante y artillugio redistribuidor de residuos.

Las autoridades municipales, varones que ya se han aprendido los titulares y la letra grande del discurso de la sostenibilidad medioambiental y cuentan en su arsenal lingüístico con alguna parrafada que encajar en los pregones –en este mundo virtual en el que se ha convertido la palabrería de lo políticamente correcto–, aparentan saber de todo pero continúan sin saber coger una escoba ni organizar que otros la cojan. Y consienten que el aguacil y barrendero municipal deje correr todo tipo de artículos en caída libre, dirección al río –como baja la ropa sucia por las troneras de los hoteles hasta la sala de la lavandería–; esas venas transportadoras de tóxicos y sustancias en descomposición con las que saciamos la sed de la huerta y la de los habitantes de las ciudades. Es la manera rápida y barata de jugar a barrer las calles, pero más de un objeto pendenciero se atasca a mitad de camino, sin alcanzar la meta, donde permanece embarrado, vapuleado, troceado y expuesto.

A menudo echo a andar dejándome llevar por la tentación de la pendiente cuesta abajo, que me lanza a la vega atravesada por el río, y que ocupa, naturalmente, la parte baja del término municipal, el valle. Pero no siempre sigo los trazados aledaños al cauce, y en ocasiones franqueo los límites de la hondonada dirigiéndome,

orientada por la Sierra de Escorihuela y la de Castelfrío –serranías ambas de la Sierra de Gúdar–, hacia el este para acceder a las tierras altas, las tierras de labor del secano, áridas, vestidas de arcillas más pedregosas, sin apenas árboles más que algunos inquilinos recientes –geométricamente dispuestos como salteadas piezas de ajedrez en tableros curvos de contorno irregular y caprichoso–, que pacientemente se dejan parasitar por hongos.

Sólo distraen plantaciones de carrascas truferas encerradas en recintos vallados, desperdigadas por aquí y por allá. Algunas, descuidadas, sin cultivar, sin trabajar, sin remover la tierra y matar las malas hierbas, ahorrando costes, midiendo gastos, durante los años de crecimiento no productivo de los árboles, esperan que milagrosamente fragüen las carrascas y hospeden trufa negra y sin mucho mantenimiento se consoliden como alternativa. Otras parecen estar ganando la batalla del arraigo. Está por ver cuál será la relación entre el pueblo y la truficultura.

Campos de superficies irregulares y desnivelados por ser tierras como desgajadas del monte colindante, que contrastan con los rectángulos y cuadrados de traza precisa y arcillas limpias en los que se fragmenta la vega; tierras gibadas, curvadas, segmentadas por taludes, lomas yermas, salpicadas de abruptos picachos rocosos, regatos agostados; obstáculos que las desmenuzan en fincas de superficies accidentadas que complican y entretienen el cultivo.

En el monte bajo de las lomas baldías que lindan con las tierras de secano se distribuyen la parcela amigablemente, entre matorrales y espinos, desde punzantes aliagas, brezales raquíuticos, rosetones de tomillo –a los que suelo confundir con los más estirados de ajedrea–, que cuando los rozas al caminar te replican el saludo exhalando su aroma, salvia, poleo de monte, manzanilla amarga y hasta alguna prima hermana de esta, catalogada como especie protegida, ahora mismo no recuerdo por qué razones –aunque sí recuerdo que es la manzanilla de la vergüenza, nombre con el que ya la conoceré siempre, por motivos para cuya comprensión viene bien echarle un vistazo a este blog⁷–. Hay que perderse por las lindes del monte o

7 Guridi, A. (2014). *La historia del «probe» Migué*. Pensar la Sociedad. La historia del «probe» Migué | Pensar la Sociedad (wordpress.com). Miguel Gallegos, pastor de Sierra Nevada, fue «empapelado» en 1999 por coger una especie protegida de manzanilla sil-

recorrer veredas y pasos de ganado menos castigados por el tránsito agrícola hasta llegar a tierras más abruptas y *estériles* para encontrar espliego silvestre, incomparable con el cultivado en cuanto a olor y porte espigado. Vegetación esteparia, materia rastrera y leñosa distribuida a trompicones, decora el monte bajo.



6 MONTE BAJO

Tierras coronadas a lo lejos por la hilera alineadamente ordenada del pedazo de la Cordillera Ibérica que nos ha tocado en suerte, que

veste con la finalidad de tener provisiones para afrontar desarreglos estomacales de sus hijos y resto de la familia. Así se *vendió* la noticia y algunos la instrumentalizaron como arma arrojadiza. Miguel Gallegos fue presentado como un padre ejemplar y como una víctima de las leyes conservacionistas que los progres urbanitas imponen a los ciudadanos rurales más humildes. Gozó de un fugaz protagonismo mediático.

Los hechos fueron muy distintos: la recolección de manzanilla (*Artemisa granatensis*) en Sierra Nevada no es casual, ni fortuita, ni su finalidad es la del consumo privado. Se recolecta para cierta multinacional farmacéutica que compra a buen precio la planta protegida y detrás de esta recolección hay un entramado de parcelación del territorio entre los recolectores, cuotas, sobornos de guardias, conflictos y disputas, etc. Según cuenta el propio Miguel Gallegos fue denunciado «por no querer darle la mitad de lo que llevaba a los guardas»; y aunque añade que lo pasó muy mal, luego cogió «el dinerito de las televisiones» por lo que el mal trago quedó en parte compensado.

Guridi añade: «Esta realidad de gente local esquilmando recursos naturales en pos de los intereses de una industria mucho mayor y con motivaciones puramente depredadoras y cortoplacistas es muy típico de países con políticas desarrollistas y de sociedades sin recursos y sin formación». Finaliza con la denuncia de la existencia de una: [...] esfera mediática incapaz de analizar una noticia y llegar hasta el fondo de un problema de fondo que es más grave y que pone de relieve que es necesario seguir haciendo hincapié en la protección y preservación de nuestros recursos. [...] no hay periodistas, o que hay muy pocos, y lo que abunda son redactores de contenidos a nómina para los diversos panfletos de opinión y magazines de entretenimiento que son los medios llamados «prensa seria» unas auténticas máquinas de fabricar realidad. Como dijera Ignacio Ramonet cuando los medios ya son incapaces de diferenciar lo verdadero de lo falso la repetición de una información se erige en criterio de verdad.

esa sí conserva en su parte baja algún carrascal de tiempos remotos de crecimiento lento y de aspecto fosilizado, hoy acosados por los descarnados pinos de plantel que coronan la parte alta de la sierra. En las laderas del monte, rebollos y carrascas, a respetable distancia los unos de los otros, como esparcidos a boleto, se perfilan. Dispersados entre ellos algún enebro arbustivo o sabina chaparra, anecdótico, desorientado, salpica las vertientes arqueadas. Sin revolverse entre ellos, se ordenan los rebollos buscando las partes frescas y altas de las lomas y reservan para las carrascas las más secas, bajas y pobres. Ambos pertenecen al género *Quercus*, razón por la que nos descoloca a los ignorantes en botánica el que los unos sean de hoja caduca y las otras de hoja perenne; pero este desacuerdo, cuando el otoño los somete, simplifica la ordenación parcelada de las faldas del monte. Con ramificaciones múltiples, cruzadas, y las cortezas como labradas, cuarteadas, por los muchos fríos helados surcando y arañando la piel, contraídos por el gélido viento disecador, congelador, sus troncos resecaos de sed, enjutos, de pético y lento crecimiento con el despertar tardío de las primaveras, resisten, rodeados de asfixiantes hijuelos desgrefñados, peleando con los siglos. Degradados tanto por el aprovechamiento humano como por las rigideces medioambientales, esparcidos a prudente distancia, abunda su presencia arbustiva. Son supervivientes de esa península ibérica de la que cuenta la leyenda podía ser atravesada por una ardilla desde los Pirineos hasta Gibraltar sin pisar tierra, saltando de rama en rama de un árbol a otro o en versión aérea: «Un águila imperial, la reina de las aves de nuestros bosques, hubiera podido sobrevolar la península ibérica sin dejar de sobrevolar un infinito manto verde» (Rodríguez de la Fuente, 1974, Capítulo 19). Leyenda afortunada, con paternidad duplicada y discutida: fue atribuida a Estrabón que compartió la paternidad con Plinio, para recientemente, después de prestar atención a los tratados de los anteriores y no encontrar rastro de mención de las ardillas arbóreas y saltadoras –aunque sí de bosques ni muy frondosos ni impenetrables y de cobertura discontinua–, la memoria colectiva recordó que quien popularizó la leyenda apócrifa fue Félix Rodríguez de la Fuente en la serie documental *El hombre y la Tierra*. Este culto a las masas arbóreas, dada su importancia para la subsistencia de esta especie invasiva, colonizadora, que somos, es una liturgia compartida por los antiguos de cualquier

lugar y como tal de origen incierto; que reproduce con acierto Italo Calvino cuando se hace eco de la misma leyenda, dejando en el aire la autoría de la misma: «[...] se lee en los libros, que en la antigüedad un mono que hubiese salido de Roma saltando de un árbol a otro podía llegar a España sin tocar nunca el suelo» (1970).

Con la mirada oblicua del ver sin querer ver, arraso los campos yermos y me sorprenden salpicados de verdines peleones, dientes de león apelmazados, cardos seteros quebradizos sometidos a los antojos del viento, blanquecinas savias espatarradas, lenguas de vaca aplanadas en el suelo, despanzurrados y puntiagudos cojines de monja, picos de cigüeña chafados, chicorias silvestres y loquillas estampadas. Tantas hierbas cuando parece no haber nada. Todas ellas plantas –o despojos– rastreras, arrastradas a ras de tierra para hacer frente a los azotes del viento y sustraer desde la despreocupación y economía de medios, que aporta la proximidad con el nutriente, el alimento suficiente para, a las puertas de un raquitismo siempre amenazante, resistir las inclemencias del tiempo. Las plantas en estas latitudes son de entre sus hermanas las menos desarrolladas en cuanto al tamaño, aunque las más sabrosas, olorosas y, me arriesgaría a añadir, también las más ricas en minerales y otras sustancias.

Los barbechos respunteados de briznas de paja desmotadas, perdido el amarillo pajizo del verano, sucias de polvo, arena, mordisqueadas por insectos palo, mariposas y polillas, escarbadadas por aves de presa, rosigadas por roedores, mermadas por rumiantes, volteadas y vueltas a voltear por cada girón de viento danzante, vapuleadas por el cierzo castigador, arrugadas primero por el sol inclemente del estío, luego amenazadas por los plomizos cielos otoñales y finalmente mustiadas por el invierno disecador, me traen a la memoria trazas desteñidas de la perdida estación del rastrojo, la hierba del secano. Y dispersos entre ellas cardos borriqueros, verbascos como torres vigías azotados por las ventiscas y espiguillas airadas al socaire de la cadencia y la dirección del viento como mutiladas cruces erguidas en un cementerio. Cementerio jaspeado de capitanas⁸ agrestes,

8 De nombre científico '*Salsola kali*', es una planta invasora, esteparia, desértica. Conocida como cardo ruso o bola de Texas. Considerada como 'mala hierba', en Alfambra no alcanza el medio metro y soporta bien las sequías y las grandes variaciones de pH y

danzantes, antes de recogerse amontonadas, troceadas y torturadas en el regazo de las cunetas y vertientes. Es todo cuanto resta del esplendor de la hierba del secano: un cementerio descuidado.

En los trigales del secano el cereal apenas nacido deja ver el cráneo de la tierra y sobre su cabeza pelada puedes reconstruir el trazado de las andanzas de los corzos, las huellas de sus pezuñas cuando bajan de la sierra a la vega, a buscar hierba en mejores condiciones que la del monte o más abundante. Salteadores intrépidos, ignoran los mojones fronterizos empeñados en dibujar los contornos artificiales de los términos municipales. En el regadío buscan la yerba fresca cobijada en los bordes de las acequias o a la sombra de las choperas; también las tiernas verduras de los huertos ejercen una especial atracción que les impele a rondar cada día más de cerca los márgenes de la población. Sabes que detectan las presencias extrañas cuando despegan bruscamente la cabeza del pasto, imprimen al cuello alzado rápidas rotaciones y enderezan su ángulo de visión hasta resolver la panorámica obtenida en el punto exacto en el que se localiza el cuerpo extraño, tú; al instante echan a correr despavoridos, evitando a los entrometidos, los dos o tres o cuatro que suelen andar juntos dirección hacia el río, por cuya ladera se despeñan, azotan furiosos con sus patas el curso del agua y trepan por la falda opuesta hasta alcanzar el otro sector de la ribera –antesala del secano lindante con las cañadas que cuartejan el monte– y sentir el alivio de la distancia interpuesta entre ellos y los intrusos con intenciones desconocidas. Nunca se mueven solos, siempre van acompañados, rara vez se paran a estudiarte, pero si lo hacen permanecen hieráticos mientras te sostienen la mirada apenas durante unos pocos segundos hasta que alguno inicia la estampida que será secundada por el resto.

En las tierras altas otros habitantes, ataviados con un lustroso plumaje negro, elegantes, me observan al pasar. Son los cuervos que encuentro salteados por los eriales, los barbechos; nunca andan apelotonados, se distribuyen a una distancia considerable por los banales como si aun gustándoles moverse en compañía detestasen una

de temperatura. Es muy desagradable al tacto por los pinchos con los que se protege y de erradicación imposible por su alta fertilidad: una sola planta puede producir de 150.000 a 200.000 simientes.

intimidad en exceso estrecha; a menudo viajan y organizan la batida del bancal elegido agrupados en tríos. Como los ornitólogos dicen que, al igual que el 90 % de las aves, son fieles monógamos, imagino que el tercero en discordia puede ser el pariente viudo o el amigo soltero obstinado que a la hora de cazar prefiere hacerlo en comunidad; pero como por estas tierras siempre los veo deambular organizados por triadas deduzco que, por motivos ajenos a la genética, un tercio de la población anda desperejada y desordenada, o todos ellos, desobedeciendo a los ornitólogos, se han apuntado a la trigamia. Es llamativa la capacidad de adaptación con la que cuentan, señal indiscutible de inteligencia. Son omnívoros y ello les facilita la supervivencia. Rastrean concienzudamente el área asignada. Dedicar tiempo y paciencia a elaborar, con pajas, tallos disecados y ramitas, instrumentos con los que escarbar y extraer el alimento; saben cómo maltratar las cáscaras de las nueces para obtener su fruto. Sus graznidos cuando reanudan el vuelo son inconfundibles, no les incomoda participar a otras comunidades de dónde vienen y adónde van. Pero la imagen que más me hipnotiza al contemplarla es la del cuervo erguido en un altozano o en un arbusto pelado, mirando y chequeando sus tierras de labor. Una corriente me magnetiza y dejaría correr los minutos –agazapada y paralizada creyendo ingenuamente que no me ha detectado, que no le estorbo– observando cómo observa él, señorial, el estado de sus cosechas. Al atardecer se posan en las ramificaciones desnudas de los árboles trasnochados de la ribera, con graznidos mortecinos, en sordina, acuestan el día mientras se convocan para recogerse en el dormitorio comunal antes de que la noche reparta el uniforme, el pijama negro.

Es fácil que pasen desapercibidas las aves rapaces, más cuando se trata de algún aguilucho cenizo monitorizando, apostado al acecho sobre un mojón estratégico con el que se funde hasta confundirse con un risco, un accidente rocoso; sincretismo tan frecuente en el caso de los machos al ser su plumaje, con las alas recogidas, de un gris cenizo uniforme como cuando se trata de las hembras que se visten de un tono pardusco con tintes rojizos. Cuando paseas por el monte entre rebollos frondosos, que asfixiados por hijuelos sanguijuelas que se engullen la esbeltez de su tronco hasta parecer rosetones gigantes en los que la espesura no deja ver el entramado de las ramas y troncos, y te sobrecoge la estampida de lo que parece

un grupo de águilas que airoso pero afrontando dificultades escapan de su maraña, sabes que se hospedan en el barullo del follaje familias de aves rapaces, entre ellas, crees, los aguiluchos.

Menos frecuente es la presencia de los buitres leonados desde que se estorbó su utilidad como *sepultureros* de los cadáveres de las cabañas animales. Cuando aparecen, el círculo giratorio con el que acotan las cuadrículas de la malla terrestre a las que su olfato les ha conducido, hasta seleccionar el punto exacto de la trama elegida en la que se sitúa el cadáver, anuncio del próximo festín, es una exhibición de poderío que impresiona. El más osado o hambriento será el primero en abandonar la rueda celeste para descender planeando hasta el infausto cuerpo caído en campo abierto. No he conocido comensales más aseados que los buitres, sin servilletas, sin cubiertos, tan apañados y agradecidos que desaprovechan poco y apenas dejan restos de comida para los convidados rezagados. Son desconfiados y no les gusta ser observados; huyen, en cuanto presienten compañía, con aspavientos y zancadas alocadas hasta que el impulso les permite alzar el vuelo. Carecen de estilo y su presencia siempre amenazante y recelosa huele a carroña.

Rara vez tropiezas con los elegantes cernícalos, de cuello corto y mirada triste, tímidos, asustadizos, con sus vestidos jaspeados de negro sobre fondo de color bermejo; de aspecto pequeño y regordete con las alas replegadas cuando las despliegan parecen en extremo estilizados. Los encuentras más muertos que vivos. O son cotillas o son muy torpes, pero son especialistas en meterse en líos o, lo que es lo mismo, donde no deben, se caen o se dejan caer, por torpeza o por curiosidad insana, por los tiros de las chimeneas, en habitaciones cerradas en las que no podrán encontrar la salida porque no la hay, y si hubiera cualquier resquicio por el que poder escapar no sabrán acertar con él antes de desplomarse rendidos y exhaustos en el suelo.

Con la llegada de la primavera o del otoño alguna grulla o pato enfermizo o despistado de la escuadra en forma de uve en cuya formación engastados atraviesan Europa, seguramente en tránsito hacia zonas más frescas o desde el norte dirección a la laguna de Gallocanta huyendo del frío nórdico, aterriza para restablecer fuerzas o refrescarse en las charcas del río, abrevadero natural de las aves locales no migratorias. Cuando te aproximas a su remanso el estruendo de su aleteo hasta alzar el vuelo entre la arboleda de ribera y desvanecerse

por el azul de cielo, en cosa de segundos, como si del barrido de una instantánea se tratase, te sobrecoge y te anuncia su presencia a la vez que se disuelven en la nada. Al ser las grullas huidizas, gregarias, difíciles de confundir o desorientar por estímulos, sorprende la visita de individuos aislados y la rapidez y la destreza con la que reanudan la marcha te induce a imaginar que no han varado para reponerse, por enfermedad o distraídas, que lo más probable es que alguna corriente de viento las haya descolgado de la escuadra, extraviado de la ruta y enviado al lugar equivocado; pero durante el otoño estando la meta de *Gallocanta* tan próxima se toman el revés con serenidad y aprovechan para asearse y retozar durante unas horas en las charcas del río antes de reagruparse con las compañeras.

Que los zorros merodean por las proximidades lo testimonian sus excrementos, abandonados y expuestos por los caminos, decorados con incrustaciones variadas: las pepitas de los frutos con los que se alimentan. No les caracteriza la discreción, suelen exponerlos a cielo abierto en espacios despejados, nunca envueltos o semiocultos entre la broza. Y no te confundes porque muy de vez en cuando caminas y de pronto presientes que no andas sola, levantas la mirada del piso y a escasos metros por delante un zorro corre raudo, no sabes de dónde ha salido pero está ahí, delante, astuto y revoltoso zigzaguea abandonando la senda para incorporarse de nuevo como si jugase a regatear con tu credulidad, finalmente convencido de que ni huyes ni te escondes será él el que se apartará del itinerario para no volver a asomarse, se alejará campo a través y le perderás la pista. En ocasiones, al atardecer, sorprendes alguna camada solazándose en mitad de un camino; sin apenas tiempo para admirar el rojizo-anaranjado de sus pellejos escapan dirección a su guarida en lo oculto de la espesura.

En tierra de nadie y de todos, entre las lindes de las últimas casas del pueblo y las huertas, esanzurrados en los ribazos tomando el sol o en posición egipcia sentados sobre el culo y sus patas traseras en mitad de un camino, soberbios, los gatos independizados observan los movimientos y escuchan el tintineo del follaje al acecho de algún ratón. Les gusta instalarse en los campos limítrofes, jugar a la indeterminación del animal domesticado del que no deja de tirar el salvajismo de la vida asilvestrada.

Faltan meses para el verano cuando te puede sorprender al paso una comitiva de perdices con sus polluelos en plena pubertad